

Binario

Muffin Adorable



Capítulo 1

Hay más vida dentro de los ceros y los unos de lo que la gente piensa. Es el vacío perfecto, un lienzo en blanco a rellenar con lo que se te ocurra. Lo mejor: no entra en conflicto con lo que el resto de personajes que lo habitan se imaginan. Después de todo, lo que pasa en Internet, se queda en Internet, ¿no?

«Quiero conocerte. En persona, me refiero»

Lo normal era que yo respondiera con una réplica ingeniosa o un buen chascarrillo. Pero me quedé petrificado, mirando fijamente a las palabras que titilaban en pantalla. En mi mente, la voz que las leía era inventada. Nunca había escuchado la suya, y eso que teníamos programas de voz a elegir. Alegaba que su ordenador era una patata sin micrófono. Tampoco su avatar era real, si no un dibujo hecho por ella de su serie favorita. Me la imaginaba como esa imagen, no podía evitarlo.

El mío era el protagonista de mi videojuego favorito, al que admiraba y consideraba que me había introducido al mundillo. Nuestra relación nació y creció de modo rápido y fluido. Nos conocimos en un foro. Se sucedieron los privados y luego el chat. Coincidíamos en todo. Sabíamos cómo seguirnos el juego el uno al otro por pura intuición. Fingíamos que, cuando hablábamos, lo hacíamos en un bonito claro de un bosque de cuento de hadas. De ahí parecía sacada nuestra historia.

Nada de eso existía en la realidad.

Me había cansado de decir que el físico no importaba. Me había imaginado de su alma desnuda, la que se abrazaba a los ceros y a los unos como jirones de humo. Estaba totalmente enganchado a ella.

Mi físico, en cambio, si me afectaba. Tenía que convivir con él a diario, por lo que conocía sus fallos de memoria.

No estaba preparado.

«Me he precipitado, ¿verdad?»

Me la imaginé con una sonrisa triste. Me temblaron los dedos, sobrevolando el teclado.

La estaba perdiendo. Su decepción cruzaba miles de kilómetros de distancia, atravesaba el monitor y me apuñaló el corazón.

«¿Te has parado a pensar que puedo ser un señor de sesenta años buscando jovencitas a las que pervertir?»

«Entonces yo soy un tío»

A oscuras en la soledad de mi habitación, se me escapó una sonrisa. Sabía salir de todas. En la parte inferior de la pestaña de chat apareció el mensaje: "*Hariti está escribiendo...*"

«Mis padres tienen que ir al pueblo al entierro de un familiar. Un tío abuelo que no conozco de nada. De ahí a tu ciudad hay un paseo en bus interesante, pero puedo escaparme un rato. ¡Es una oportunidad única en la vida! No me obligues a cargarme a otro familiar lejano más que viva por la zona, anda»

Mis temores no se esfumarían tan rápido. Sin embargo, le tenía que dar la razón en eso de las oportunidades. A mis dieciocho años seguía bajo el techo de mis padres, sin trabajo ni la posibilidad de optar a una carrera universitaria. Esperando a que me llovieran las oportunidades a golpe de milagro.

Pocos trenes se me iban a presentar a mí.

Tragué saliva. Escribí un mensaje y lo borré antes de enviarlo. Tenía que expresarme mejor. Lo intenté otra vez. Borré. A la tercera fue la vencida. Hariti ya estaba escribiendo antes de que le llegase mi respuesta:

«¿Todo bien?»

«Hagamos una cosa: quedemos, llevemos algo encima para identificarnos y, si no te gusta lo que ves, puedes marcharte. Prometo no sentirme mal»

Hubo un silencio momentáneo en la línea.

«Gallina. Seguro que sales huyendo tú»

«No lo he hecho en todo lo que llevamos hablando. ¿Qué nos apostamos?»

«Tu hombría. Te paso los horarios de autobuses y ya me dices dónde quedamos. ¡Ah!» lo puso así, fingiendo que se acababa de acordar. *«Una flor en la solapa de la chaqueta. Yo la llevaré en el pelo»*

«¿No decías que el romanticismo extremo no te iba?»

«Calla y haz lo que te digo!!!»

Se estaba riendo. Por eso se olvidaba de poner los signos de acentuación delante de la frase y añadía de más al final.

Ultimamos los detalles. Un día. El día más largo de mi vida, en el que puse todo mi empeño en arreglar el desaguisado que era yo. Afeitarme la barba, que había campado a sus anchas, libre como el viento. Peinarme con extremo cuidado de tapar la entrada en el pelo, a la altura de la sien. Eso sí que era herencia recibida. El par de kilos de más no se irían en un día, ni en meses, ni en años. A esos los dejé tranquilos y en su sitio. Los nervios me pinchaban para que cambiase de humor de manera radical en lo que se tarda en chasquear los dedos.

Nuestras conversaciones se volvieron monotemáticas. Giraban en torno a la cita a ciegas hasta que cortó la conexión para emprender camino.

Me arrepentí de mi decisión cada segundo par que transcurría en ese lapso de tiempo. Fueron mis pies los que me llevaron al restaurante, cinco minutos antes de la hora. A través del cristal, observé el interior del loca y

a los comensales disfrutando de la velada. Ver la comida servida en sus mesas me levantaba el estómago. Se podría haber quedado en casa, junto a las hermandas serenidad, calma y sosiego. Me aseguré de tener el teléfono móvil a mano, para poder llamar rápido a emergencias cuando el infarto terminase de materializarse. Me palpé el bolsillo de la chaqueta, que se le había robado a mi padre y me quedaba demasiado larga. La flor de plástico se mantenía erguida en su puesto. No me habría sorprendido que me diese un manotazo, cansada del toqueteo constante. Juzgué mi apariencia general como un esperpento. Un esperpento con chaqueta.

Mantendría la vista alta hasta que viera la flor de Hariti. Mis súplicas por una descripción sencilla o, al menos su altura, fueron desestimadas sin leerse siquiera con un "hahahaha".

Al salir de casa, alguien me había sustituido las piernas por gelatina y las manos por flanes de vainilla.

Que locura. ¿Qué pasaría después de vernos? Traté de ser positivo.

La certeza me acertó en el cráneo como una bala.

Nada volvería a ser igual. Seguiríamos hablando, pero el prado binario se transformaría en el restaurante. Ella dejaría de ser su avatar. Y yo dejaría de ser el mío. Podría acostumbrarme con el tiempo. Pero no podría hacerme a la idea de la estancia pasajera de la tercera dimensión. Si me gustaba, ¿cómo iba a vivir sin poder volver a verla hasta que los astros se alineasen de nuevo?

Mis extremidades adquirieron consistencia.

Me hallé en un callejón sin salida. Lo único que podía hacer para escapar de él era retroceder y salir por donde había entrado, sin hacer ruido, pasando a toda velocidad junto a una flor que se dibujó en el rabillo del ojo.